

ARTIFICIOS LITERARIOS

NARRATIVA

Virtuosa

Martha Leticia Arévalo Reyes

Yasmín Domínguez Matadero decidió, desde una edad muy temprana, que iba a ser actriz. No importaba que eso significara venderle el alma al diablo. Se había prometido salir en la tele con vestidos entallados, tal como Lupita Ortiz en Paloma.

Nació en desgracia, sin obstetra, ni partera, ni padre. Una cara indígena mezclada con la de un esquimal. Fue la primogénita de la descendencia bastarda de Pilar Matadero. Cinco años después de que Yasmín abandone el cuchitril al que llama casa para irse a la capital en compañía de un “empresario divorciado”, su madre fallecerá de cáncer de matriz, aún sin perdonarla, deseándole desdicha por no haber pensado en ella y sus hermanos, pero principalmente por haber sido una desalmada que prefirió abandonarla e “irse de puta a regalar las nalgas”.

Yasmín siempre supo que su madre la odiaba de un modo excepcional; quizá por ser la hija de su padre, quizá por ser la primera que vino a joderle la vida. De cualquier forma, se sabía especial cada vez que su paridora la elegía a ella entre todos los críos para *contramatarla* a patadas con la intención de desquitar la muina diaria, la frustración de estar sola y el peso de ser horriblemente pobre.

Al igual que su abuela con su progenitora y su progenitora con ella, Yasmín aborrecerá a su hija del mismo modo en que su hija repetirá el patrón, única herencia que se ha dado y se dará de generación en generación entre esta hilera de mujeres abandonadas. De su padre solo supo que era casado, cobarde y militar.

El verdadero problema de Yasmín con su madre no fue la explotación infantil ni los golpes ni la decepción de haber sido ascendencia y descendencia una de la otra, sino el hecho de tener caracteres completamente antagónicos. Su madre siempre la consideró una arpía ambiciosa, una mala mujer,

una hija del diablo, una cosa podrida en la que no cabía la bondad de ayudarla de buen modo a mantener a sus “pobrecitos hermanos”.

Yasmín, por su parte, desde que se formó criterio propio vio con asco a su madre; lanzándole miradas de reprobación cada que podía, primero a escondidas, con miedo, cuando le daba la espalda, pero después comenzó a hacerlo como reto abierto, con el hocico sangrante en respuesta a las cachetadas. La desdeñó toda la vida por estar dispuesta a conformarse con cualquier limosna de afecto masculino, aunque esto implicara salir con un nuevo parásito en el vientre que vendría a agudarle aún más los senos de perra callejera, colgados y estriados de tanta leche materna y crianza.

Juanito fue el segundo en la línea cronológica y el único hermano al que Yasmín legítimamente quiso y nunca le deseó la muerte. Siempre lo consideró un maricón de a de veras, “con los huevos bien puestos”; “artista, intérprete, cantante”, dirá Yasmín en toda su vida adulta con lágrimas en los ojos llenos de culpa cada que hable de él.

Entrar al Tropicana fue un acto casi natural para ambos. Un “restaurant” con *chous* sensuales en los que nadie se quitaba la ropa: “sin chichis ni nalgas porque entonces saldría más caro y tendría que subir la cerveza y ya no me tendría cuenta”, decía el dueño en un español con acento árabe cada que alguien le preguntaba. “El primer paso a la fama”, se dirán Yasmín y Juan por los próximos tres años de su vida.

Se montaron al escenario por primera vez con una imitación sosa de Pimpinela, con la única gracia distinta de tener a Juan disfrazado de mujer, ocupando una peluca amarilla y tiesa y cantando con voz de hombre.

Acostada en su lecho de muerte, con la decrepitud respirándole en la cara, Yasmín se imaginará a sí misma en el Tropicana, con las luces rojas encima, adolescente y medio borracha, pensando en esa época como la única en la que verdaderamente fue feliz.

A los 15, Yasmín vio a Pedro Cazales por primera y única vez: fotógrafo y capitalino, crespito y guapo; lo habría seguido hasta la China, convencida de un sofismo de vida artística a su lado. Durante toda su existencia se venderá la idea de que “seguramente con él todo habría sido diferente”. Pero Pedro Cazales nunca será considerado artista ni será famoso: en unos años más dejará la fotografía, sentará cabeza, conseguirá trabajo como profesor, se casará, fornicará, procreará y vivirá para pagar facturas. Más allá de las borracheras en distintos estados de la República mexicana, Pedro Cazales tendrá una vida completamente normal, con el único atributo de tener nombre de director de cine.

Germán Azcarate fue el que se la llevó a la capital con la promesa de hablar con su compadre para meterla en una telenovela. Juan la tachó de pendeja, en parte sinceridad, en parte envidia, pero de todas formas Yasmín se fue y él se quedó sin número; el hermano menor de Yasmín tuvo que entender a la de a huevo que las chichis de su hermana vendían más que sus joterías, porque al final del día, “aunque en el público haya putos de closet, todos los hombres que pagan son unas mojigatas”. Juan le guardó rencor a Yasmín el resto de sus días, no tanto por el trabajo usurpado en el bar de mala muerte, sino porque ella fue todo lo que él nunca pudo ser: exótica y guapa.

Dos años más tarde, Yasmín se sumirá en una peda de tres días llena de culpa tras enterarse del fallecimiento del “putón” de su hermano a causa del sida. Juan ascenderá al cielo desde una cama de hospital con sábanas mugrosas; morirá solo como perro.

Germán Azcarate, quien nunca se divorciará, no tuvo mayor fin en la vida de Yasmín que el de ser un medio de transporte. Se sabe que después de llegar al Distrito Federal, Yasmín fichó en el Dominó, en el Salón Isabel, en El Bar de la Trece y en el Farito Rojo.

En la vida galante conoció a Jorge Montenegro, un productor ahora fracasado, de cortísima estatura, que vio en la carita japonesa su inminente retorno a la fama. A recomendación de este, se cambió el nombre y se inventó una biografía: Olga Durand, como si tuviese algo de francesa en la sangre mestiza que le inundaba y ahogaba las venas. Se inventó huérfana teniendo aún una madre bien viva. Borró de la existencia a los hermanos, y a Juan le inventó una carrera nocturna de exitosos shows en el puerto, contrario a su verdadera vida de prostitución barata.

Montenegro la presentó en tantos lados y la hizo dejarse manosear por tantos hombres que fue inevitable encontrarle algo. Después de mucha insistencia, a sus bien dotados 18 años, apareció en el programa emblema de la televisión mexicana, *Siempre en Domingo*, cantando en corpiño y meneando los hombros, en pantallas a color y a blanco y negro, en directo para toda la nación azteca.

Como negocio y para crear carrera en el mundo falocentrista del México setentero, Yasmín se acostó con los hombres adecuados las veces necesarias, dejando de lado, según ella y sus formatos, cualquier “carácter moralino”; la única regla que puso fue nunca fornicar con chinos, no como un acto racial, sino como temor a Dios y miedo al incesto. Montenegro la movió y la hizo un concepto de deseo en la farándula: “mujer de caderas anchas del puerto veracruzano y para el gusto universal”. Subió nuevamente al escenario a mitad de año con nada menos que un estelar de tres presentaciones

al día, siete noches a la semana, cantando con las chichis al aire en nombre del arte en el escenario del exclusivo “club” El Varón. Olga, la nueva Yasmín, montó un clásico número de *vedette* de los 70 en el que se quitaba toda la ropa y se adornaba únicamente con flores artificiales. Su fama se catapultó. A partir de este momento, Yasmín exigirá que se le llame por su nombre artístico todo el tiempo; aborrecerá en silencio su antigua identidad con “nombre corriente de hija bastarda”.

Su primer “amante en forma” fue el gobernador poblano Francisco Mediz, ojeroso, rata, misógino y conservador; al año siguiente Mediz fallecerá en un accidente automovilístico rumbo a la capital. Después de eso, tuvo en su cama al dueño de la Montosa, a un Chedraui, al famosísimo Rodrigo Cartal, conductor del Canal 6, y en dos ocasiones al mismísimo presidente de la República mexicana. El tiempo de fama será glorioso, pero desdibujado; para calmar la conciencia, Yasmín la ahogó en cocaína y alcohol.

Pese a los repetidos golpes en el vientre bajo, Yasmín dará a luz a la hija de Rodrigo Cartal en su segundo año de fama. El embarazo vino a ser el punto de quiebre. Yasmín pensará siempre en su hija como un animal horrendo, que le causará pesadillas en las que despertará sintiéndose ultrajada y pensando en su propia madre. Después de dar a luz, Yasmín entendió por qué la “hacedora de sus días” le pegaba.

Yasmín renegó de la maternidad y abandonó a la recién nacida Marcia sin importarle que la niña necesitara teta. Cartal se encargó de la crianza de la indeseada hija y Yasmín volvió a las andadas.

Para el año nuevo del ‘85, rondando los treinta, en la cantina Las Palmeras, rodeada de olor a miados y cerveza, sentada en las piernas de un albañil sudado, Yasmín pensará en Lupita Ortiz y sus vestidos entallados de Paloma, sentirá que se le oprime el corazón.

Una vez que recuperó la figura, Montenegro levantó hasta las piedras en un intento de encontrarle algo en la pantalla grande. Lo único que pudo conseguir fue un papel como extra en una película de ficheras, porque “que no se te olvide, Montenegro, es puta, no actriz”. Yasmín aparecerá por un par de minutos con un vestido entallado y escotado, dejándose besar los senos por el gigoló Mauricio Fernández, protagonista de la corrientísima comedia de cantina *El Milagritos*.

Aparecer en la pantalla grande se le volvió una obsesión. Dejó de lado hacer shows sin ropa para proyectar una imagen verdaderamente artística y seria. Tuvo “reuniones laborales” con cinco productores distintos. Fue una cortísima temporada de intentos desesperados de encontrar algo en el cine “como actriz de a de veras”. Su quinta y última “reunión” fue con el director Saúl Portobelo y el productor Gabriel Estraza. La citaron en el entonces aún no venido abajo Hotel del Centro. La abusaron entre cuatro, la golpearon hasta dejarla inconsciente, le rompieron la nariz y le tiraron los dientes.

Un mes después, Yasmín despertará del coma en el Hospital de la Mujer con el rostro deforme, sin un ojo y con la vida deshecha. No procedió ni la investigación ni la demanda ni la venganza; el acto no tuvo ni un periodicazo siquiera. En el siguiente mes, Saúl será nominado al oso de plata por *Dos damas*, posteriormente será reconocido por su drama oscuro *Noches rojas* y finalmente será recordado en la historia del cine por *La casa de la esquina se está quemando*.

Yasmín se vio obligada a fichar en cantinas del centro. La antigua fama no le quitó ni por un segundo lo deforme de la cara. Se prostituyó los últimos siete años de su vida en la Calle Cuatro, posicionándose siempre junto a la puerta de entrada del Hotel del Centro.

Yasmín vivirá un infierno atormentado y culposo, miado, borracho, enfermo, drogado, rastrero y solo. Pero aún falta para que cumpla con su tragedia: en estos momentos tiene seis años y menea la panza cantando ante un par de gringos que le van a comprar en dólares las porquerías que vende confeccionadas por su madre.

Martha Leticia Arévalo Reyes

Córdoba, Veracruz, México; 1995

Martha Arévalo (1995) es cuentista. Ha sido publicada en las revistas *Irridación* y *Alborismos*. Actualmente se encuentra escribiendo una antología de cuentos de terror.